

El negocio del agua embotellada.

Cómo un bien común se ha convertido en una fuente de plásticos, enfermedades y conflictos.

1. La paradoja del agua embotellada.

El agua es un derecho. Así lo reconoció la Asamblea General de la ONU en 2010 al declarar que el acceso al agua potable y al saneamiento es un derecho esencial para el pleno disfrute de la vida. Y, sin embargo, cada año se venden cientos de miles de millones de litros de agua en botellas de plástico. Un derecho humano se ha convertido en una mercancía.

La contradicción es evidente. Mientras 2.200 millones de personas (el 27% de la población mundial) carecen de acceso a agua potable gestionada de manera segura, el mercado mundial del agua embotellada alcanzó los 323.070 millones de dólares en 2025. El agua escasea para unos y se embotella para otros. El agua, que debería ser un bien común, se ha convertido en un negocio.

Este ensayo explora algunas de las vertientes de ese negocio: el volumen de plástico que genera, el impacto de los microplásticos en nuestra salud, el deterioro medioambiental que provoca, la extracción de agua en territorios donde escasea, la dependencia de las desaladoras y el futuro de un recurso que será cada vez más escaso y disputado.

2. El negocio del agua, cifras de un mercado imparable.

El negocio del agua embotellada no deja de crecer. En 2025, el mercado mundial alcanzó los 323.070 millones de dólares y, según Fortune Business Insights, se espera que supere los 539.520 millones en 2034. Es un crecimiento imparable, impulsado por la percepción de que el agua embotellada es más segura y pura que el agua del grifo. Una percepción que, como veremos, es en gran medida un engaño fruto del marketing.

Para dimensionar el volumen de este negocio, basta con una cifra: se producen 500.000 millones de botellas de plástico al año en todo el mundo. Se vende aproximadamente un millón de botellas de plástico por minuto. En España, el consumo no es menor, se consumen cerca de 3.500 millones de botellas de plástico al año, casi 100 botellas de 1,5 litros por persona. Somos, sin saberlo, los protagonistas de un negocio que nos convierte en consumidores de un producto que, en la inmensa mayoría de los casos, ya tenemos en casa.

¿Por qué pagamos por algo que debería ser gratuito? ¿Por qué hemos permitido que un derecho básico se convierta en una mercancía?

3. El coste ambiental, la basura que no desaparece.

El agua embotellada deja una huella ambiental que va mucho más allá de la botella. Cada año se producen más de 400 millones de toneladas de plástico, de las cuales menos del 10% se recicla. El resto acaba en vertederos, incinerado o, lo que es peor, en el medio ambiente. 11 millones de toneladas de plástico llegan cada año a los océanos, el equivalente al peso de 2.200 torres Eiffel. Una botella de plástico tarda hasta 450 años en degradarse.

En España, la situación no es mejor. Somos el cuarto país de la UE por demanda de plásticos y el 50% de los envases acaba en vertederos. Según Naciones Unidas, el coste social y medioambiental anual de la contaminación por plásticos oscila entre 300.000 y 600.000 millones de dólares. Un coste que no pagan las empresas que producen y venden el agua embotellada, sino la sociedad en su conjunto.

El plástico no desaparece, se fragmenta en partículas cada vez más pequeñas que acaban en el agua, el suelo, los alimentos y nuestros cuerpos. Y esa es la siguiente capa del problema, los microplásticos.

4. El ciclo de vida de una botella, del petróleo al océano.

Para entender el impacto del agua embotellada, hay que seguir el ciclo de vida de una botella. Todo comienza con la extracción de petróleo, un

recurso no renovable. El petróleo se refina y se transforma en polímeros que se moldean para dar forma a la botella. Este proceso consume grandes cantidades de energía y emite gases de efecto invernadero. Producir una botella de plástico de un litro requiere hasta 3 litros de agua y emite aproximadamente 100 gramos de CO₂. Es una auténtica paradoja.

Una vez producida, la botella se llena con agua (con frecuencia, la misma que sale del grifo) y se transporta para llegar al supermercado. El transporte añade más emisiones y, después de haber sido usada, la botella se desecha. La mayoría no se recicla. Se estima que 8 millones de toneladas de plástico llegan a los mares cada año.

El ciclo de vida de una botella es un ejemplo perfecto de la economía lineal: extraer, producir, consumir y desechar. Ni es sostenible, ni es un accidente; es el resultado de un negocio que externaliza los costes ambientales y sociales que ellos no pagan pero nosotros sí.

5. Los microplásticos, la amenaza invisible.

El problema del plástico no se limita a la basura visible. Los microplásticos (partículas de menos de 5 milímetros) están en todas partes: en el agua, el suelo, el aire, los alimentos y nuestros cuerpos. La investigadora Sarah Sajedi, de la Universidad Concordia, ha advertido que las consecuencias para la salud "pueden ser graves".

Los datos son preocupantes. Quienes beben agua embotellada ingieren más de 90.000 microplásticos adicionales al año en comparación con quienes beben agua del grifo, que ingieren alrededor de 4.000. El agua embotellada contiene el doble de microplásticos que otras fuentes. Cada habitante del planeta consume más de 50.000 partículas de plástico al año entre alimentos sólidos, el agua que bebe y el aire que respira.

Las botellas de plástico liberan microplásticos durante su fabricación, almacenamiento y transporte, y también cuando se descomponen por la exposición a la luz solar y las fluctuaciones de temperatura. Estos microplásticos pueden penetrar en el torrente sanguíneo y alcanzar órganos vitales. Los estudios más recientes los han relacionado con la inflamación

crónica, problemas respiratorios, estrés celular, alteraciones hormonales, problemas reproductivos, daño neurológico y diversos tipos de cáncer.

La amenaza invisible ya está aquí. Y el agua embotellada, que se vende como una opción más saludable, es una de las principales fuentes de exposición.

6. La mentira del reciclaje.

La industria del agua embotellada nos ha vendido la idea de que el problema del plástico se resuelve reciclando, pero es mentira. Solo alrededor del 30% de las botellas de plástico se recicla correctamente en algunos países y, a nivel global, menos del 10% del plástico producido se recicla. El resto se quema, entierra o abandona en el medio ambiente.

El reciclaje no es una solución, es una coartada. La producción de plástico sigue creciendo mientras la capacidad de reciclaje se estanca. España es el cuarto país de la UE con mayor demanda de plásticos y el 50% de los envases que se consumen acaban en vertederos. Porque cuando producimos más plástico del que podemos gestionar, reciclar no es suficiente. La única solución es reducir la producción.

Por supuesto, la industria no quiere reducir la producción, quiere seguir vendiendo, y el reciclaje es la excusa que se lo permite sin remordimientos. La realidad, sin embargo, es que la mayoría de las botellas no se reciclan y las que se someten a este proceso no desaparecen, solo se transforman en otros productos que también acabarán en el vertedero.

7. Un engaño de marketing.

El agua embotellada no es más pura que el agua del grifo. En la mayoría de los países occidentales, el agua del grifo está sujeta a controles más estrictos que el agua embotellada. Las empresas de agua potable tienen la obligación de publicar informes de calidad, mientras que las empresas embotelladoras pueden mantener sus resultados en secreto.

El agua embotellada no es más pura. Con frecuencia es la misma que sale del grifo, embotellada y vendida a un precio hasta 1.000 veces superior. El agua del grifo cuesta aproximadamente 0,001 euros por litro, mientras que el agua embotellada puede costar entre 0,50 y 1 euro por litro o más. Estamos pagando una fortuna por un producto que ya tenemos en casa y lo estamos pagando en forma de plástico, emisiones y microplásticos.

El marketing ha sido la clave de este engaño. La industria del agua embotellada ha invertido millones en convencernos de que el agua del grifo no es segura, de que el agua embotellada es más pura y saludable. Es una de las campañas de marketing con más éxito de la historia. Ha logrado que paguemos por lo que era gratis.

8. La geopolítica del agua, extracción y desigualdad.

El negocio del agua embotellada no solo contamina, también extrae agua de comunidades que la necesitan. Grandes corporaciones como Nestlé, Danone y Coca-Cola explotan el agua de acuíferos en todo el mundo, a menudo en regiones donde escasea para la población local.

La extracción de agua para embotellar ha generado conflictos en países como México, la India y Pakistán. En México, Nestlé ha sido denunciada por las comunidades locales de la región de Coatepec, que ven cómo el agua que necesitan para sus cultivos y consumo se embotella y se vende en el extranjero. En la India, Coca-Cola ha sido acusada de agotar los acuíferos en varias regiones, dejando a las comunidades locales sin agua.

El negocio del agua embotellada es una forma de privatización de un bien común. El agua, que debería ser de todos, se convierte en un producto que se extrae, embotella y vende al mejor postor.

9. La dependencia de las desaladoras.

En territorios donde el agua dulce escasea, la desalación se ha convertido en una solución necesaria. España cuenta con 765 plantas desaladoras que producen 4.500 millones de litros de agua al día, lo que supone el 10% del agua potable que se consume.

La desalación es una solución necesaria en zonas como el sureste peninsular, Canarias y Baleares, donde la falta de agua dulce es crónica. Sin embargo, tiene un coste energético y económico muy elevado. Consume grandes cantidades de electricidad y genera residuos (salmuera) que impactan en el ecosistema marino.

La paradoja es que en territorios que ya sufren escasez, donde el agua potable es un bien preciado, la industria del agua embotellada sigue extrayendo y vendiendo agua como si fuera un producto más. La desalación es una solución necesaria, pero también un síntoma de que el agua dulce es un recurso cada vez más escaso. Y mientras unos dependen de costosas infraestructuras para obtener agua, otros la compran en botellas de plástico, a veces extraída del mismo lugar donde escasea.

10. El futuro del agua. Escasez, conflictos y guerras.

El agua será uno de los recursos más escasos del futuro. La ONU ha advertido que la población urbana con limitados recursos hídricos se duplicará, pasando de 930 millones en 2016 a entre 1.700 y 2.400 millones en 2050. Miles de millones de personas podrían verse afectadas. De hecho, la escasez de agua ya afecta a casi la mitad de la población global y se prevé que esta situación empeore.

El impacto en España será especialmente grave. En 2050, tres cuartas partes de su población podría enfrentarse a un riesgo alto por la falta de agua. Ciudades como Sevilla, Granada, Córdoba o Murcia sufrirán el mayor riesgo de escasez de Europa. La crisis del agua afectará a más de la mitad de la producción mundial de alimentos en 2050 y amenazará 1.700 millones de empleos que dependen del agua, principalmente en sectores como la agricultura y la industria.

El agua ya está siendo utilizada como arma. En Gaza, el ejército israelí cortó su suministro a 2 millones de habitantes durante el genocidio que practicó, un ejemplo extremo de cómo el control del agua puede usarse para someter a una población. La escasez de agua es un factor que exacerba las tensiones existentes y alimenta los conflictos en regiones como Oriente Medio.

Algunos expertos advierten: *"Hemos considerado el agua un bien inagotable. Ya no es así. Es probable que en el futuro asistamos a guerras por el agua"*. No es una exageración. Cuando un recurso esencial escasea, quienes lo controlan tienen un poder inmenso y el agua es el recurso más esencial.

11. El agua como derecho o como negocio.

El agua embotellada es un negocio que genera beneficios millonarios mientras externaliza sus costes: el plástico que contamina el planeta, los microplásticos que dañan nuestra salud, la extracción de agua que priva a comunidades enteras de un recurso esencial y la dependencia de desaladoras que consumen energía y generan residuos.

La paradoja es cruel. Mientras unos beben agua embotellada por efecto del marketing, otros no tienen acceso a agua potable. Mientras unos pagan por agua que ya tienen en casa, otros dependen de costosas desaladoras para sobrevivir. Mientras unos generan residuos que tardarán siglos en desaparecer, otros sufren las consecuencias de la escasez.

El agua no es un bien inagotable. Ha dejado de ser un bien común para convertirse en una mercancía que, como toda mercancía que circula por el mercado, genera beneficios para unos pocos y costes para todos los demás.

La próxima vez que compres una botella de agua, pregúntate: ¿estoy bebiendo agua o estoy bebiendo plástico?